

un extravío de la inteligencia. En 1725 se presentó una proposición para reunir un sínodo en que tomasen parte las congregaciones de todas las iglesias de Nueva-Inglaterra, pero se abandonó luego este proyecto en vista de la oposición del gobierno.

A pesar de conservarse aun algunos restos del severo Puritanismo, la condición social del pueblo había progresado, notándose finura en las maneras, franqueza y liberalidad. Los gobernadores reales vivían con cierta esplendidez, formando el centro de una sociedad de personas de buen tono, en la que alternaba la gente rica del país con los empleados y otras personas que tenían parte de su familia en Inglaterra. El modo de vivir y de vestirse indicaba claramente la superioridad. Había algunas personas á quienes pudiera llamarse la clase media del interior, las cuales tenían considerables fincas á semejanza de los propietarios de Inglaterra, y eran notabilidades en sus respectivos condados, donde desempeñaban cargos ya civiles ó militares, por ser en su mayor parte miembros del Consejo general. Esta diferencia de clases fué desapareciendo gradualmente segun progresaba la colonia, igualando con corta diferencia las fortunas de la parte principal de sus habitantes.

En los primitivos tiempos, los graves Puritanos habían tratado de poner coto al lujo, pero la influencia de aquellos no se dejaba ya sentir, por lo cual no es de extrañar, que segun aumentaba la riqueza en Nueva-Inglaterra hubiera mas fausto y ostentación. Los siguientes detalles no dejan de ser oportunos é interesantes al llegar á este punto: «En las principales casas de Boston, dice el escritor, había un gran salón adornado de pinturas, con una gran lámpara en el centro y un almohadon de terciopelo en la ventana principal que daba al jardín; á veces veíase en

medio de la estancia una gran vasija llena de ponche para que se sirvieran los que iban á visitar la casa. A cada lado de la sala había un espacioso gabinete ó estudio, cubierto de grandes espejos, y cuyos adornos y mueblaje consistían por lo general en magníficos tapices turcos, cortinas de seda, cuadros y mapas, un reloj de bronce, sillas de cuero rojo y un par de grandes candelabros de cobre. Las habitaciones interiores estaban provistas de todo lo necesario para la comodidad, y en las alcobas no faltaban buenas camas de pluma. La despensa contenía una gran provision de fiambres, confituras, fruta seca y vino de Madera. Algunas veces veíanse también jarrones de plata, copas para vino y efectos de vajilla, y la cocina aparecía cubierta de toda clase de utensilios de hierro y cobre, formando una vistosa batería. Muchas familias tenían criados, y en una vimos un muchacho escocés que figuraba en el inventario de la casa, tasado en la cantidad de 14 libras. Los esclavos negros formaban con frecuencia parte de la servidumbre. Respecto á los trages, baste saber que la mayor parte de las señoras mostraban gran empeño en vestir segun las modas de Londres y París.

Como cosa notable y de interés, diremos aquí que el primer retratista de América fué Juan Smibert, artista escocés que vino con Berkeley y pintó aquel cuadro del obispo y su familia que se conserva aun en el colegio de Yale Colles. Tan agradable arte no tardó mucho en excitar la afición en las colonias, y á eso debemos sin duda que se haya conservado hasta aquí el retrato de Washington cuando era jóven. Pero aunque las artes y la literatura fueran difundíendose, las diversiones públicas eran aun miradas con desagrado por los magistrados de Nueva-Inglaterra. La comedia de Otway, titulada *El Huérfano*, fué representada en un café de Boston en

1750; mas estas funciones se prohibieron luego, alegando que perjudicaban á la industria y al trabajo, y aumentaban la impiedad respecto á la religion. A pesar de esto, una compañía de actores de Londres trató algun tiempo despues de establecerse en Nueva-York, Philadelphia y otras ciudades del Sur.

La cuestion de si los colonos de Nueva-Inglaterra deseaban ó no en aquella época sacudir el yugo de la madre patria, daba lugar á continuadas discusiones en la Gran Bretaña. Algunos miembros de la Junta de Comercio, manifestaban claramente que tal era la intención de los colonos, llegando hasta el punto de asegurar que nada sino la directa intervención del Parlamento Inglés, podría apaciguar aquella sed de independéncia. Los colonos, por su parte, declararon, cuando se les hizo aquel cargo, que no había ningun fundamento para creer tal cosa, y nosotros somos tambien de este parecer. Sin embargo, no aseguramos tampoco que los colonos de Nueva-Inglaterra, al comprender que la madre patria abrigaba el designio de imponerles pesados impuestos, exigiéndoles cosas contrarias á sus leyes y prácticas establecidas, no pensasen, convencidos de su poderío, en proclamarse independientes; pero esto, solo como una cosa posible, aunque no probable por entonces. Fácil será pues comprender qué locura era provocar semejantes discusiones en las colonias, pues bien podía suponerse que el jóven gigante sacudiría bien pronto el yugo en caso necesario, sin escitarle á medir prematuramente sus armas con su dueño y señor.

En 1734 parece ser que la población de Maryland constaba de 36,000 habitantes, contándose como blancos poco menos de las tres terceras partes. El estado de la **1734.** sociedad y de las costumbres en esta colonia se asemejaba naturalmente mucho

al de Virginia. En Maryland comenzó á funcionar en 1726, es decir, tres años antes que en Virginia se disfrutase de esta ventaja, una prensa de imprimir.

Asegúrase que los habitantes de la colonia de que vamos hablando sacaban gran partido de su conocimiento en ciertas plantas medicinales y su uso, lo cual debieron á su prolongada paz y amistad con los indios. Los sueldos de los empleados eran muy bajos. En 1732 la Asamblea impuso cierto derecho sobre el tabaco, para el pago de toda clase de deudas, fijando un penique por libra y veinte peniques por cada fanega de trigo. Los católicos romanos formaban la mayoría de la población de la colonia, pero tambien había muchos protestantes establecidos en las comarcas fronterizas de Virginia y Maryland.

La población de la Carolina del Norte constaba en 1710 de 6,000 habitantes, pero es probable que se aumentara considerablemente algunos años despues, si bien debemos observar de paso, en confirmación de lo que ya hemos dicho, que en la primera parte de este siglo era el pueblo de dicha colonia uno de los mas turbulentos é irreligiosos que se conocían en América. En el año 1700 la población de la Carolina del Sur no llegaba á 6,000 almas, pero en 1723 subió el número á 32,000 habitantes, de los cuales 18,000 eran negros. Además del comercio con Inglaterra, en el que se empleaban buques británicos, esta colonia mantenía otro en gran escala con las Indias Orientales, Nueva-Inglaterra, Pennsylvania y Nueva-York. Desde 1720 á 1730 se esportaron de la Carolina del Sur mas de 44,000 toneladas de arroz y en **1730.** este último año el número de esclavos negros ascendía ya á 28,000, cuya cifra se iba acrecentando de año en año. Con respecto á la vida social y costumbres de los colonos, puede decirse que eran muy frugales, pues el

lujo no llamaba aun la atención. La imprenta se introdujo en 1730, y en 1734 vió la luz pública el primer periódico. La mayor parte de los colonos pertenecía á la Iglesia anglicana; pero tambien abundaban los Presbiterianos. Durante el verano de 1728 se sintió en la Carolina del Sur un calor extraordinario, no conocido hasta entonces, pues la tierra estaba literalmente abrasada, los pozos se secaron y los ganados padecieron muchísimo.

A tan insoportable calor, siguió luego un furioso huracan que ocasionó infinitos destrozos, y como si esto no bastara, declaróse luego la fiebre amarilla con tal malignidad que murieron infinitas personas. Así pues, al aumento de riqueza en la colonia siguióse un aumento de gastos por consecuencia de tantas calamidades, y no se pensó, como era natural, en el lujo y la ostentación.

A principios del siglo constaba Nueva-York de 30,000 almas, y en 1732 habíase doblado este número, pero habia unos 7,000 esclavos: en 1750 se contaban ya en esta provincia 100,000 habitantes. Calculábase en 100,000 libras el valor de las importaciones anuales de esta provincia; en 1736 entraron en el puerto de Nueva-York 211 buques con sus cargamentos, y salieron 222. En aquella época fué desarrollándose gradualmente la afición al té, dando esto márgen á que los colonos se dedicasen al contrabando en grande escala, á fin de obtener aquel artículo á un precio mas bajo que el fijado por la Compañía inglesa de las Indias Orientales. Por este medio obtenian el té con una rebaja de treinta por ciento. En 1732 se fundó en Nueva-York una escuela donde se enseñaba el latín, el griego y las matemáticas, y en 1725 se publicó el primer periódico de Nueva-York.

En esta ciudad ejercian aun cierta influencia las costumbres é ideas holandesas, si bien era evidente que predominaban el gusto fran-

cés é inglés. Los ciudadanos eran de carácter alegre y muy sociables; todas las semanas se reunian varios clubs, y en el invierno dábanse bailes y conciertos. La vida era menos costosa que en Boston, y los hijos de Nueva-York se dedicaban por lo general al comercio y al tráfico. Albania, progresando en civilización, conservaba aun muchos resabios de su origen holandés. La arquitectura era muy semejante á la de Delft ó Leyden, y en los tejados de las casas veíanse esas canales que se encuentran en las ciudades de la Europa continental y que lanzan sobre el transeunte torrentes de agua sucia ó de nieve derretida. En los portales habia bancos á los lados, donde se sentaban por la tarde los inquilinos ó sirvientes que se reunian para charlar, en tanto que el ganado vagaba á su antojo por las calles de aquella ciudad medio rústica. En el interior de las casas hacíase la limpieza al estilo de los holandeses, y las mujeres cuidaban de lavar bien los suelos y dejar muy brillantes los utensilios de la cocina. Los habitantes de Nueva-York vivian con ejemplar sobriedad, componiéndose su almuerzo tan solo de una taza de té con un terroncito de azúcar, y la comida, de pan, leche y manteca, si bien algunas veces tomaban un poco de carne asada ó cocida. El uso de las estufas era desconocido, pero las inmensas chimeneas, por medio de las cuales podia pasar una locomotora con sus wagones, ofrecia bastante abrigo á los buenos habitantes durante las largas noches de invierno. Entre los ingleses reinaba la misma sencillez en las costumbres y método de vida.

La población de Nueva-Jersey habia aumentado en 1738 hasta 47,000 habitantes, de los cuales unos 4,000 eran esclavos. En 1736 fundóse en Princeton un colegio llamado Nassau Hall. Los adelantos y prosperidad general de esta colonia debíanse indudablemente

á las virtudes y al genio industrioso de su pueblo, que en 1750 contaba ya unas 70,000 almas.

Respecto á las colonias de Pennsylvania y Delaware no puede hacerse un cálculo exacto acerca de su población, pero probablemente seria en aquella época menos numerosa que la de Virginia. Los colonos comerciaban con Inglaterra, Portugal, España, Canarias, la isla de Madera, las Azores, las islas de la India Oriental, Nueva-Inglaterra, Virginia y la Carolina. Dicese que en 1731 contaba Philadelphia unos 12,000 habitantes, ó sea algo mas que Nueva-York; pero en 1736 no tuvo tanto movimiento de buques como esta última ciudad. Se calcula que las importaciones anuales en Pennsylvania representaban un valor de 150,000 libras por término medio, cuya cifra es de mas importancia que la de Nueva-York.

El valor de las exportaciones de la Gran Bretaña á la América del Norte en los diez años comprendidos desde 1738 á 1748, fué, segun Mr. Hildreth, de 3,500,000 libras, cuya cifra es algo mayor que la de las importaciones de las colonias. La diferencia resultante se abonaba por estas en artículos de su comercio con la India Oriental y el Africa.

En vista de este breve é imperfecto bosquejo acerca del estado de las colonias Americanas, se comprenderá que contaban con la fuerza, energía y elementos necesarios para hacer respetar sus derechos y privilegios. La fortuna les habia sido próspera en alto grado, y gracias á esto y á la natural indolencia de la raza Anglo-Sajona, hallábanse dispuestas á seguir mucho mas allá en sus proyectos. Los colonos no habian simpatizado nunca con sus

vécinos los franceses, puesto que siempre estuvieron en lucha abierta con ellos; pero ya estaba muy próximo el momento en que iba á comenzarse la lucha final, que debia resolver la cuestion de predominio entre los dos partidos beligerantes, y bien pronto veremos que el desenlace no se hizo esperar. Hé aquí lo que dice Mr. Parkman al hablar sobre este punto: «Seguros ya los franceses en el Oeste, trataron despues de estacionarse en las corrientes del Ohio, y hácia el año 1748 el sagaz conde Galissoniere propuso traer 10,000 labradores de Francia y establecerlos en el valle de aquel magnifico rio y en las orillas de los lagos. Pero mientras que en Quebec y en el Castillo de San Luis proyectaban los militares y hombres de estado estas empresas, la Inglaterra continuaba silenciosamente su progreso por la parte del Oriente. Ya las colonias Británicas iban estendiéndose á lo largo del Valle del Mohawk, subiendo por la falda oriental del Alleganies, y los golpes del hacha, en medio de los bosques, y las negras espirales de humo de las hogueras eran los precursores de la futura colonización. Mientras en uno de los lados del Alleganies se ocupaba Celeron de Bienville en enterrar planchas de plomo con las armas de Francia, los arados de los labradores de Virginia iban adelantando cada vez mas, acercándose por lo tanto el momento de encontrarse ambas potencias (*).

Ahora recomendaremos al lector que fije su atención en esta última lucha de las dos antiguas rivales, y en las importantes consecuencias que tuvo sobre las colonias.

(*) *Historia de la conspiracion de Pontiac*, por Parkman, pág. 56.